

AP: Ciento seis razones para cuatro años de oposición

Si a principios del año que termina alguien hubiese afirmado que Alianza Popular conseguiría casi multiplicar por doce el escaso número de diputados que por entonces tenía, nadie le hubiese tomado en serio. Pero los hechos han colmado con creces las aspiraciones a corto plazo de Manuel Fraga. Y esos casi cinco millones y medio de votos conseguidos en las elecciones generales del 28 de octubre son el resultado de una peregrinación casi tan larga como la de Child Harold, cuyos primeros frutos se recogieron de las arcas galegas un veinte de octubre; porque octubre, al parecer, es el mes-talismán de Manuel Fraga.

En la evolución de Alianza Popular hasta convertirse en el primer partido de la oposición han intervenido muchos factores, todos enlazados en una positiva filosofía basada en la curiosa combinación del aprovechamiento de los errores ajenos y la utilización de los aciertos propios. Meses antes de que las elecciones andaluzas constataran el ascenso de las siglas de AP, una bien planeada maquinaria se ponía en marcha forzando los motores que, hasta entonces, habían sido engrasados con cuidado. Galicia, la tierra natal de Fraga, había descorchado el champaña de las noches de éxito electoral. Andalucía daría la luz verde hacia la vía elegida por el partido aliancista en el conjunto del mapa político. Sólo faltaba recorrer el tramo final. Hoy, ciento seis diputados se sientan en los escaños del Congreso de los Diputados, y los despachos de la calle Silva se han quedado pequeños. El crecimiento ha sido tan evidente como rápido.

Para luchar por una unión de las fuerzas conservadoras «como única alternativa al socialismo», el líder de Alianza Popular, Manuel Fraga, sabía que uno de los principales obstáculos iba a ser UCD. No cabe duda de que la política seguida por los aliancistas de pregonar por un lado la famosa «mayoría natural» sin descuidar, por otro, un continuo hostigamiento al Gobierno ha rendido tributo al actual primer partido de la oposición. Desde la visión de AP, los anti-gueros desprecios y desplantes de UCD hacia sus proposiciones, lejos de ser negativos han enriquecido el bagaje con que llegó a las urnas del 28-O. Fue el re-

sultado del efecto «boomerang» con el que contaban los cerebros de AP para limpiar el camino de peligrosas rivalidades. Un objetivo de primera, como era el conquistar una parte importante del electorado de UCD, admitía cualquier tipo de matices apuntando todos en la misma dirección: hacer creíble la idea de que Alianza Popular era «la única fuerza política capaz de ser la alternativa al socialismo». Alrededor de esta premisa giraban las declaraciones sobre el bipartidismo, los ataques al moribundo centro y ciertas confusas declaraciones destinadas al flanco situado más a la derecha. En este último punto, la eficacia de la estrategia seguida se podría simbolizar en las palabras de Blas Piñar el día de la disolución de Fuerza Nueva como partido acusando de «traidores» a los fuerzanovistas que habían votado a Fraga.

Otro factor importante en la táctica aliancista ha sido el sacar el mayor partido del desmembramiento del centro: se dio acogida a los diputados tránsfugas, primero, y vía libre después a las negociaciones para formalizar una coalición con un partido reclutado en las filas más conservadoras del centro: el PDP.

Pero todo ello no hubiera dado resultado —o al menos el resultado concreto al que se ha llegado— sin una tremenda labor de mejora de imagen, iniciada mucho tiempo atrás, en torno a



Manuel Fraga, prácticamente único capital con que AP ha contado hasta ahora. Es indudable que, desde aquel 27 de febrero en que Fraga recorrió las calles de Madrid del brazo de Marcelino Camacho en multitudinaria manifestación, los modos y maneras del líder aliancista han cambiado. Los estratagemas de AP eran conscientes de que toda buena imagen que pudiera conseguir el partido se hallaba en relación directa con la que se tuviera de su líder. Y el principal responsable de esta operación ha sido Jorge Verstrynge. Con evidente esfuerzo, Fraga ha conseguido, al menos aparentemente, dominar algunas facetas de su carácter no siempre bien entendidas y ha multiplicado sus contactos, tanto con la opinión pública —recorriendo mercados, bares y calles— como con la Prensa, con sus famosas «cenas-queimada»; aunque otra cosa sean algunas declaraciones que sugieren la pervivencia de un Fraga de imagen rígida.

Del naufragio de UCD, Fraga ha sabido recoger los restos en su barco; de la ultraderecha ha cosechado igualmente votos, y de la abstención se ha llevado una parte. Hoy la plataforma de actuación sobre la que puede mover sus piezas se ha incrementado considerablemente: hay más campo y más piezas. Se ha dicho que los ciento seis diputados de hoy son el techo de AP. Pero en el juego —y más en el juego democrático— resulta anacrónico hablar de techos. Todo depende del jugador. Claro que: «meigas, haberlas haylas». —L. P. P.

Claves del 83

Una vez convertida en la primera fuerza de la oposición, Alianza Popular encamina sus esfuerzos ahora hacia el perfeccionamiento del bipartidismo. O dicho con otras palabras: su meta es conseguir la unificación de todas las fuerzas políticas actualmente dispersas, no socialistas, desde la posición de «partido integrador» y desde la plataforma privilegiada conseguida tras las elecciones generales. Las próximos comicios municipales cobran especial importancia como confirmación de esta idea.

En cuanto a la estructura de partido, del funcionamiento de la reorganización interna dependerá la cohesión del mismo.